

## LA NAVE VIEJA\*

Era un día como éste;  
ya despuntaba el alba  
bien tranquila y helá con too el frío  
que trae la mañana.  
El cielo despejao  
y sin mas bruma que una ñebla escasa  
que si arrastraba por la punta e pieiras  
y escurecia ese peazo e playa.  
Y too tan tranquilo,  
la mar plumiza en calma;  
¡no se oía más ruido que el alerta,  
e los guardias peruanos en la playa!  
Las farolas del pueblo parecía  
que con ojos sangrientos nos miraban,  
pero too tan tranquilo, tan callao,  
que tanta calma ya iba dando rabia.  
Iban ya quince días e bloqueo,  
y cinco hacía que partió l'escuaira  
con rumbo al norte y nos ejó arrumbaos,  
como algo inútil pa librar batalla.  
Y si oyó e repente un cañonazo,  
como en señal di alarma,  
y toititos subimos a cubierta  
con la alegría retratá en la cara.  
¡Ya vienen los cholos!  
Y pal norte, bien lejos, enseñaban  
dos blancos penachos  
que en la ñebla curiche resaltaban.  
¡No l'ije, compaire,  
que di hoy no pasaba?  
mi habló ño Barrías,  
un gallo d'esos que no entienden guaras.  
A mi ver, compaire,  
la cosa está mala;  
mas ni en que si haga l'Esmeralda astillas,  
no hay qui aflojar, ni en que güitriemos l'alma.  
—¡No hay qui aflojar! - nos replicó Juan Torres—  
y si no juera por mi pobre Juana,  
a ver si acaso m'importaba un pucho  
e mal tabaco mi arrancaran l'alma.  
Y empezó la tambora  
a tocar a las armas,  
y nos juimos formando di uno en uno,  
con l'arma al brazo y el morral con balas.

---

\* Poema de la obra "Alma Criolla", del poeta chileno Antonio Orrego Barros, escrita en 1903.

Y habló mi comandante,  
e ijo unas palabras  
d'esas que icen los que frente a frente  
miran la muerte y no les tiembla el habla.  
Y jueron sus palabras:  
—Muchachos, ¡la contienda  
es desigual!; pero ningún chileno  
ha arriado la bandera.  
Mientras yo viva flamiará en el tope,  
y espero, en cuanto muera,  
qui han de saber cumplir mis oficiales  
y mantener l'ensefia.  
Dei se quitó la gorra y gritó: —¡Viva! —  
y un ¡viva Chile! estremeció las aguas.  
y nos juimbs cada uno 'pa su puesto;  
con l'esperanza di abordar al Huáscar.  
Y por la mar tranquila,  
seguía l'Esmeralda  
toos en su puesto, en el cañón de proa  
yo, ño Barrías y otros tantos guainas.  
—Mire, compaire, que allá viene..., ¡Plum!,  
y vi formarse un torbellino di agua.  
Compaire, yo la vi, jué di a trecientas.  
¡Y lo pajita pa sumirse en l'agua  
¡Viva Chile! —gritamos— ¡Viva Chile!,  
¡Caray, qué pena! ¡La perdiste, mi alma!  
—Así se apunta, cholo bruto... —¡Pum!,  
y rebotó la bala en la coraza.  
—¡Si están mas enfierraos, que da mieo!  
A ver si est'otra no les entra al alma.  
Y retumbó el tiro,  
pero al mesmo tiempo  
una graná, con una bulla el diablo,  
se nos coló de sopetón pa'entro.  
Ejó la tendalá.  
Yo mesmo vi los muertos:  
cuerpos partíos y cabezas rotas;  
pu'aquí quejíos y pu'allá braveo,  
y el camarote e mi teniente Uribe  
sin ni una astilla pa contar el cuento,  
y mi teniente, múo,  
mirando aquel aujero.  
Benaiga l'escapá,  
un poquito antes, no le eja ni esto.  
La metralla barría la cubierta  
lo mesmo qui aguacero,  
unos queaban por mitá partíos,  
otros queaban con las piernas menos,  
y toititos gritando: —¡Viva Chile!

¡Viva el roto chileno!  
Y miré pa la mar y vi perderse  
la Covadonga, a reventar calderos;  
s'iba arrancando bien pegá a la costa  
y etrás l'Independencia en seguimiento.  
Y m'ijo el compaire  
—Aguaita, aguaita; que s'está escondiendo.  
Y miré al monitor y no vi na  
mas que la torre de purito fierro,  
y se nos vino di hacha,  
y él m'ijo; —Nivelemos,  
que en cuanto llegue li acerrajo un tiro  
bien de cerquita, y en después veremos  
a ver si acaso no li llega al contri,  
ni en que lo tenga de purito acero.  
¡Si jué un quiñazo paire!  
Jué lo mesmito que si el mesmo infierno  
nos hubiera tragao, hecho astillitas,  
y bien a escuras, entre el humo negro.  
Y llegó un grumete  
ya sin na e resuello:  
—Mi teniente Serrano... Mi teniente...  
Y mi teniente l'ijo: —¿Qué hay de nuevo?  
—Se jué mi comandante al abordaje  
con mi sargento Aldea,  
y allí los arrollaron a balazos;  
mi teniente, por Dios, quién lo creyera...  
.....  
La pena jué bien grande;  
eran amigos viejos,  
y yo vi que lloraba mi teniente  
com'un chiquillo nuevo.  
Mas con la pena nos bajó más rabia,  
qui un dolor en la guerra no da mieo:  
por lo contrario, da mayor coraje.  
¡Y esa jué banderilla  
que nos clavaron en mitá el pecho!  
Y se queó mirando al Huascar, qu'iba lejos...  
Y d'ei gritó con rabia:  
Yo mato a Grau...; lo vengo...  
Tiró sus planes, y nos ijo a toos:  
—¡Vamos pa'llá..., vamos pa'llá..., venguémoslo!  
Y por entre los palos,  
y por sobre los muertos,  
engüelto en l'humo y con l'espá desnúa,  
com'un loco lo vi partir corriendo.  
Toititos lo seguimos,  
saltando astillas y pisando muertos,  
y entonces vi que mi teniente Uribe

ya' estaba en la toldilla de gobierno  
llamaba a oficiales  
pa tener consejo.  
Cuando oyeron el toque di oficiales,  
el Huascar paró el juego;  
tal vez qué se soñaron esos cholos  
de qu'iba arriarse el tricolor chileno.  
Y con la calma nos bajó la dúa.  
¿Y qué irá el consejo?  
¿Arriará la bandera? ¡Jamás, nunca!,  
icíamos a un tiempo;  
pero luego icíamos: ¡quién sabe!  
Y nos daba más rabia el suponerlo;  
si era com'una afrenta.  
¡Mil veces, antes que rendíos, muertos!  
Y d'el trepó al mesana  
corriendo un marinero.  
¿Qu'irán a arriar la bandera?, nos icíamos,  
¡Ese era nuestro mieo!  
Pero si oyó el retumbo del martillo.  
Está clavando el pabellón chileno!  
E izaron en señal de guerra a muerte  
en el palo mayor el trapo negro,  
y toititos gritamos: —¡Viva Chile!  
¡no se rinde un chileno!  
Y se cumplió lo qu'ijo el comandante,  
y al tiro el Huáscar nos rompió sus juegos.  
Y vi venir al monitor de frente,  
y lí apunté e nuevo,  
y vino el choque y se sintió el crujío,  
y golvió el humo negro,  
y naide supo del que estaba vivo,  
ni naide supo del que estaba muerto.  
Mi teniente Serrano  
con doce marineros  
se le jueron como hacha al abordaje.  
Iba a vengar al comandante muerto,  
y toititos seguimos,  
pero a too caldero...  
El monitor echó la reculá  
y se jué mar aentro.  
Me hablaron a mi lao:  
—Compaire, ¡que me muero!  
Si es qui usted vive, ígale a la Juana  
que en sueldos ejo unos sesenta pesos.  
Era Juan Torres, yo lo vi boquiando.  
¡Dios lo tenga en su reino!  
Y mi teniente Uribe en la toldilla,  
múo y taimao, com'un líon de acero,

a caa nueva desgracia nos gritaba:  
—¡Viva Chile, muchachos!  
¡Nu hay que rendirse y ailante el juego!  
Ya no habían cartuchos,  
ni siquiera e fogueo,  
pero toos icíamos a una:  
—¡Viva Chile! ¡Ailante! ¡Viva Chile!  
¡No hay que parar el juego!  
Y subió el gringo Hyat,  
too tisnao e negro;  
al salir a cubierta  
se queó helao con tantazos muertos.  
—¿Qué pasa? l'ijo mi teniente Uribe.  
Y el respondió: —El caldero  
se jundió, mi teniente, y hey subió  
pa saber lo qui hacemos.  
¿Lo qui hacemos? ¡Morir! Y al pobre gringo  
se l'entró el habla y se queó bien lelo.  
Mas era e nuestro temple:  
murió com'un chileno.  
Una graná lo repartió hecho tiras  
y pa los cuatro vientos.  
Ni una palabra mi teniente icía,  
ni s'escuchaba ni una voz de mando:  
toos pensando en la muerte,  
toos en silencio y toos resignaos.  
Cuando se ve la muerte tan cerquita,  
el alma más se nos apegá al trapo...  
Yo creida por momentos  
ver patentito el interior del rancho:  
a mi mamita con su mate en leche,  
y mi taitita con su pierna e palo,  
y a mis chiquillos y a mi pobre china,  
y a toa la gente que ejé allá abajo,  
y que toos pensaban en mi suerte,  
y a toos los vi llorando.  
¿Quién les dará un consuelo,  
y quién será su amparo?  
Y en la playa los cholos bien re múos;  
¡estaban asombraos!  
Ya ni echaban vivas  
a caa graná que nos trozaba el barco.  
No se oía más ruío  
en toitito el espacio  
qu'el clamoreo "¡Viva Chile, viva!"  
com'un gemío largo,  
y toos esperando allí la muerte,  
toos en silencio y toos resignaos,  
Y dei se vino el monitor de frente,

echando espumas com'un toro brao,  
y los últimos juimos pa la popa  
pa ver el resultao,  
y sin icir palabra  
toititos nos contamos,  
y ni éramos cincuenta  
e los doscientos bravos.  
Y la bandera al tope  
del palo e mesana.  
En la toldilla mi teniente Uribe,  
más engallao que un cañón de balas.  
Y mi guardiamarina don Riquelme,  
que no aflojaba pelo.  
—¡Esta es l'última bala!— ijo jurioso.  
Cargó el cañón y li apuntó e nuevo.  
Y llegó el monitor y medio a medio  
nos asestó el quiñazo  
—¡Viva Chile! —gritamos, y en los cielos  
retumbó el cañonazo,  
y l'Esmeralda se sumió en las aguas  
con su bandera en lo alto.  
No sé lo que pasó, perdí el sentío;  
cuando golví a la vía,  
too mojado m'encontré en un bote  
en qui andaban haciendo recogía;  
por el momento me creí estar sordo.  
¡Ay, qué silencio en toa la bahía!  
Y en la playa los cholos bien re múos.  
¡Estaban asombraos!  
Y la mar en suspenso parecía  
qu'estaba contemplando  
a la vieja Esmeralda qui se hundía  
con la bandera en lo alto.  
Ya tan sólo se veida la bandera  
y un peacito e palo,  
engüelto en la guisnaldá que formaban  
los espumones blancos.  
Cuando la vi sumía,  
la pena fue grandaza.  
¡Ustés no saen cómo s'encariña  
el marinero con su vieja barca!  
Y dende dentro el bote,  
toos nosotros la miramos múos.  
¡Pobre e mi vieja! ¡Pobre Mancarrona!  
Hizo too lo que púo.